

UNA CARPA BAJO EL CIELO

LIUDMILA ULÍTSKAYA

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVÓLSKAYA Y
JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA



*No se consuele con la iniquidad de nuestra época.
Esa iniquidad moral no nos da, sin más, la razón,
su atrocidad no basta para considerarnos humanos
solo por llevarle la contraria.*

B. Pasternak - V. Shalámov

9 de julio de 1952

PRÓLOGO

Tamara, todavía sin despedir el último sueño, remoloneaba con su desayuno: huevos escalfados.

Su madre, Raisa Ilínichna, con esmero, en prudentes envites, aventuraba el peine ralo entre la maleza de su cabello tratando de no tirar demasiado de aquel fieltro vivo.

La radio vomitaba una música solemne pero no muy alta: detrás del tabique dormía la abuela. Y de pronto cesó, dando lugar a una pausa demasiado larga. Se percibía algo extraño, inusual. Entonces se oyó la voz que todos conocían:¹

—¡Atención! Habla Moscú. Transmiten todas las emisoras de radio de la Unión Soviética. Damos lectura a un comunicado del Gobierno...

El peine embarrancó en la melena de Tamara, que se despertó del todo, engulló de una vez los huevos y dijo con una voz un tanto ronca, matinal:

—Ma, no será más que un catarro de nada, pero hay que ver la que arman...

No logró acabar: Raisa Ilínichna tiró del peine de forma repentina y brusca, echándole la cabeza hacia atrás y haciéndole rechinar los dientes.

1 Quien habla es Yuri Levitán (1914-1983), locutor de la emisora estatal soviética Radio de Moscú. Fue el principal locutor de la radio soviética durante y después de la Segunda Guerra Mundial, participó en la retransmisión los acontecimientos internacionales más importantes, desde el ataque alemán a la Unión Soviética en 1941 hasta el primer vuelo espacial de Gagarin en 1961.

—¡Chis! —siseó, como ahogada, Raisa Ilínichna.

La abuela asomó por la puerta envuelta en aquella bata suya más antigua que la Gran Muralla china. Atendió al comunicado con el rostro iluminado y dijo:

—Raisa, compra en Ieliséievski algún dulce. Por cierto, hoy es Purim. Ya os digo yo que Sámej ha estirado la pata.

Entonces Tamara no tenía ni idea de qué era Purim, por qué había que comprar postre y menos aún quién era ese Sámej que había estirado la pata. Cómo iba a saber que, según las reglas de conspiración doméstica, desde hacía tiempo en su familia llamaban a Stalin y a Lenin usando las primeras letras de sus apodos de partido, «s» y «l», y recurriendo además a un idioma arcano y arcaico: «*sámej*» y «*lámed*».²

Mientras tanto, la voz a la que todo el país tenía cariño dejó patente que en absoluto informaba de un catarro.

Galia ya se había puesto el vestido del uniforme escolar; solo faltaba el delantal. ¿Dónde lo habría metido? Buscó debajo del catre, no fuera a ser que se hubiera colado por ahí.

Bruscamente, desde la cocina, con un cuchillo en una mano y una patata en la otra, irrumpió la madre aullando como una demente, tanto que Galia creyó que se había cortado al pelar. Pero no se veía ni gota de sangre.

El padre, con su habitual malhumor mañanero, despegó la cabeza de la almohada:

—¿Por qué gritas, Nina? Y encima a estas horas.

Pero los alaridos de la madre prosiguieron aún más escandalosos, apenas había forma de distinguir una palabra entre tanto aspaviento sonoro.

2 Letras del alfabeto hebreo.

—¡Ha muerto! ¡Despierta, idiota! ¡Levántate! ¡Stalin ha muerto!

—¿Lo han anunciado? —El padre alzó un poco más su cabezota con el mechón pegado a la frente.

—Han dicho que está enfermo. ¡Pero ha muerto, te juro por Dios que está muerto! ¡Lo presiento!

A continuación soltó una nueva ráfaga de chillidos inarticulados, en medio de los cuales emergió el dramático interrogante:

—¡Ay, ay, ay! ¿Qué pasará ahora? ¿Qué será de todos nosotros? ¿Qué nos espera?

El padre, crispado, contrajo la jeta y escupió:

—¡Deja de chillar, boba! ¡Basta ya! Peor no va a ser.

Galia por fin encontró el delantal: ciertamente había ido a parar debajo del catre. «Qué más da que esté arrugado, ¡no voy a plancharlo!», pensó.

De madrugada la fiebre remitió y Olga pudo dormirse, sin sudores ni toses. Durmió casi hasta la hora de comer. Se retorció en el lecho cuando su madre entró en su cuarto y en tono transido y solemne la apremió:

—¡Levántate, Olga! ¡Ha ocurrido una desgracia!

Antes de abrir los ojos, buscando refugio en la almohada con la esperanza de estar soñando, pero ya sintiendo una terrible pulsación en la garganta, Olga pensó: «¡La guerra! ¡Los nazis nos atacan! ¡Ha comenzado la guerra!».

—¡Olga, levántate!

«¡Qué desgracia! Las hordas nazis están pisando nuestra tierra sagrada, todos irán al frente, y a mí no me dejarán ir...».

—¡Stalin ha muerto!

El corazón aún seguía palpitando en la garganta; sin embargo, no abrió los ojos: «Gracias a Dios, no es la guerra. Y cuando empiece, ya seré mayor, y entonces sí que me dejarán luchar». Se tapó la cabeza con la manta y murmuró amodorrada: «Y entonces me dejarán luchar». Y con ese pensamiento feliz volvió a sumirse en el sueño.

La madre la dejó en paz.

MARAVILLOSOS AÑOS ESCOLARES

Qué instructivo es seguir la dirección de las fuerzas que conducen al encuentro inevitable de aquellas personas predestinadas a unirse. En ocasiones, tal encuentro parece ocurrir sin ningún esfuerzo especial del destino, sin amaños ingeniosos de la trama, conforme al curso natural de los acontecimientos, por ejemplo, los sujetos viven en la misma manzana o estudian en la misma escuela.

Aquellos tres chavales estudiaban juntos. Iliá y Sania, desde primero de primaria. Misha se sumó más tarde. En la jerarquía que espontáneamente se instaura en cada manada, los tres ocupaban los peldaños más bajos gracias a su total ineptitud tanto para las peleas como para la crueldad. Iliá era alto y desgarbado, muñecas y tobillos siempre a la vista, como escapados de unas mangas y perneras demasiado cortas. Además, no había clavo o saliente de hierro que no se le enganchara y le arrancara fatalmente un jirón de ropa. Su madre, la solitaria y alicaída María Fiódorovna, de manos torpes, en balde se afanaba remendando sus prendas con parches chapuceros. El arte de coser se le resistía. Iliá, siempre peor vestido que tantos otros chicos mal vestidos, no paraba de hacer payasadas y chistes de sí mismo: hacía un espectáculo de su pobreza y esa era su particular y noble manera de superarla.

Más complicado lo tenía Sania. Su chaqueta de cremallera, sus pestañas de niña, su carita irritablemente dulce, las servilletas de tela que envolvían sus bocadillos caseros..., todo aquello despertaba la envidia y el asco de sus compañeros de clase. Por si fuera poco, tocaba el piano, muchos lo habían visto de la mano de su abuela y con la carpeta de partituras bajo el otro brazo por la calle Chernyshevski, más tarde conocida como calle Pokrovka, camino de la Escuela de Música Igúmnov, incluso durante sus frecuentes dolencias, que no solían ser graves, pero sí duraderas. Su abuela, un perfil andante, lanzaba adelante sus finas piernas como un caballo de circo, y a cada paso balanceaba rítmicamente la cabeza. Sania andaba a su lado, pero siempre se quedaba un poquito atrás, como un buen mozo de cuadra.

En la escuela de música, nada que ver con la de enseñanza general, Sania era admirado: ya en el examen de segundo tocó una de Grieg tan complicada que les venía grande incluso a muchos de quinto. La pequeña estatura del intérprete contribuía a enternecer al público: a los ocho años lo tomaban por un preescolar, y a los doce, por un niño de ocho. En la escuela, justo por la misma razón, le pusieron de mote «el Gnomo». No había ni pizca de ternura, solo burlas malvadas. Sania evitaba a propósito a Iliá, no tanto por su mordacidad, que podía ir contra cualquiera, sino por la humillante diferencia de altura.

Fue Misha quien unió a Iliá y Sania, apareció en quinto y despertó una auténtica tempestad de entusiasmo: era un blanco perfecto para los amantes de la chanza, un pelirrojo en toda regla. Cabeza rapada con un retorcido tupé entre rojo y dorado, orejas como las velas de un barco, color frambuesa, casi traslúcidas, que parecían haber sido colocadas en un lugar equivocado, demasiado próximo a las mejillas. Tenía la piel blanca cubierta de pecas y ojos con un brillo anaranjado. Y por si fuera poco, judío y gafotas.

El 1 de septiembre, el primer día del curso escolar, a Misha le tocó la primera zurra. Ocurrió a la hora del recreo largo, en los lavabos, una paliza pequeña, en plan pedagógico. Ni siquiera fueron Muriguin y Mutiukin, esos ni se dignaron, se ocuparon sus adláteres lameculos. Misha recibió estoicamente su ración de castigo preventivo, abrió el maletín, extrajo el pañuelo para limpiarse los mocos que se le estaban cayendo, y entonces un gatito asomó el hocico de entre sus cosas. Por supuesto, enseguida le quitaron el gato y comenzaron a lanzárselo a modo de pelota. Iliá, que entró en ese momento —¡el más alto de la clase!— interceptó al animal por encima de las cabezas de los jugadores de voleibol. La campana interrumpió aquella actividad lúdica.

Entrando en la clase, Iliá le pasó el gatito a Sania solo porque era quien tenía más cerca. Sania lo ocultó en su maletín.

Durante el último recreo, los principales enemigos del género humano, cuyos apellidos Muriguin y Mutiukin servirían de fundamento para un futuro juego lingüístico y que merecen mención especial por varios motivos, estuvieron un rato buscando al gatito, aunque pronto se olvidaron. Pasada la cuarta hora lectiva, a todos les dejaron libres, y los chavales, en medio de un griterío infernal, salieron pitando de la escuela, abandonando a aquellos tres a su suerte en un aula vacía decorada con ramos multicolores de aster.

Sania liberó al gatito medio asfixiado y se lo entregó a Iliá. Y este se lo devolvió a Misha. Sania sonrió a Iliá; Iliá, a Misha y Misha, a Sania.

—He escrito un poema sobre él —anunció tímidamente Misha—. Dice así:

*Entre los gatos reinaba su belleza
y a punto estuvo de morir.
Su salvación, de Iliá fue proeza.
Ahora hoy día nos acompaña en su vivir.*

—Bueno, no está mal. Evidentemente, Pushkin lo hubiera hecho mejor —comentó Iliá.

—«Ahora hoy día» suena raro —observó Sania.

Misha, autocrítico, aceptó:

—Es verdad. Ahora nos acompaña en su vivir. ¡Sin «hoy día» suena mejor!

Misha explicó en detalle que por la mañana, camino del cole, rescató al pobre bicho de las fauces del perro que se proponía devorarlo. No obstante, no podía llevárselo a casa, no sabía cómo se lo iba a tomar su tía, con la que vivía desde el lunes anterior.

Sania acariciaba la espalda del gatito y suspiraba:

—Yo tampoco puedo quedármelo, ya tenemos un gato. Seguro que no estaría de acuerdo.

—Vale, me lo quedo yo. —Iliá se adueñó del gatito como al desgaire.

—¿Y en casa no te dirán nada? —quiso saber Sania.

Iliá sonrió:

—En casa se hace lo que yo digo. Mi madre y yo tenemos muy buena relación. Ella me escucha.

«¡Qué maduro es! —pensó Sania, melancólico—. Yo nunca seré así, ni siquiera podría pronunciar “Mi madre y yo tenemos muy buena relación”. Las cosas como son: soy un niño de mamá. Y mamá también me hace caso, me escucha. Y la abuela, igual, me escucha. ¡Y más que eso, cuentan conmigo! Pero es otra cosa, muy distinta».

Miraba las manos huesudas de Iliá, llenas de rasguños, cubiertas de manchas oscuras y amarillas. Unos dedos largos, con ellos tocaría fácilmente dos octavas. Misha, mientras tanto, instalaba al gatito encima de su cabeza, sobre el aterciopelado tupé pelirrojo que un día antes había dado forma el bondadoso peluquero del salón cercano a la plaza Pokróskie

Vorota. El gato resbalaba y Misha volvía a colocárselo en la cocorota.

Salieron de la escuela los tres juntos. Le dieron de comer al gato un helado derretido. Fue Sania quien se rascó el bolsillo, con lo que tenía bastó para cuatro raciones. Como se supo más tarde, Sania casi siempre llevaba algo de dinero encima... Por primera vez en su vida, Sania se comía un helado en la calle, directamente del envoltorio, ya que cuando la abuela compraba helado, lo llevaban a casa, depositaban el montículo ya algo reblandecido en una copa de vidrio de pie bajo y le vertían encima un par de gotas de confitura de cereza: ¡el helado se comía así, solo así!

Iliá, muy animado, explicaba qué cámara de fotos se iba a comprar con el primer dinero que ganase, y, de paso, expuso su plan para ganar aquel pastón.

Sania reveló a la primera de cambio su secreto: sus manos eran pequeñas, ni de lejos las de un pianista, y ese era un defecto importante para un intérprete.

Misha, que acababa de estrenar una nueva familia parental, de hecho la tercera en los últimos siete años, desembuchó delante de aquellos chavales casi desconocidos que la parentela se le estaba agotando, y que si la tía de ahora no quisiera quedárselo, tendría que volver al orfanato...

Esta tía nueva, Guenia, era una mujer frágil. A pesar de que no sufría de ninguna enfermedad específica, con aire dolorido, en tono cargado de significación, solía decir: «Padezco de todo», y se quejaba constantemente de dolores en las piernas, en la espalda, en el pecho, en los riñones... Además, tenía una hija discapacitada, lo cual también repercutía de manera negativa en su salud. Cualquier trabajo le resultaba pesado, así que finalmente la familia había decidido instalar al sobrino-huérano en su casa y recolectar entre los parientes

dinero para su manutención. Al fin y al cabo, Misha era hijo de su hermano, que había perdido la vida en la guerra.

Los chicos vagaban y charlaban, charlaban y vagaban, hasta que se quedaron parados, en silencio, en la orilla del Yauza. Y en ese mismo momento sintieron lo bien que se encontraban juntos, sintieron la confianza, la amistad, la igualdad. Ni por un instante surgió la cuestión del liderazgo, todo lo contrario, cada uno de ellos interesaba por igual a los otros dos. Ignoraban todavía lo de Alex y Nico, lo del juramento en la colina de los Gorriones, ni siquiera Sania, que leía mucho, había abierto aún a Herzen.³ Y, la verdad sea dicha, esos lugares podridos —Jitrovka, el barrio de los Jarreros, el de los Caldereros— durante siglos fueron considerados albañales y no inspiraban precisamente juramentos románticos. No obstante, algo importante había ocurrido: un engarce tan sólido solo es posible entre los seres humanos en la edad adolescente. El gancho se clava directo al corazón, y el hilo que une a las personas por la amistad infantil jamás se rompe.

Pasado cierto tiempo, después de largas discusiones y tras rechazar «la Trinidad» y «el Trío», bautizarían pomposamente aquella unión de corazones como «el Trianón».⁴ Ellos no sabían nada de la disolución de Austria-Hungría, la palabra fue elegida por su belleza.

Veinte años más tarde, el mismo «Trianón» resurgiría durante una pesada conversación que Iliá mantendría con un oficial de alto nivel del Comité para la Seguridad del Estado,

3 Alusión al conocido episodio real protagonizado por Aleksandr Herzen y Nikolái Ogariov. Los dos, prominentes escritores, publicistas y pensadores del siglo XIX, son conocidos por su lucha contra el absolutismo y la servidumbre. De jóvenes, inspirados por la revuelta decembrista, juraron en la colina de los Gorriones, uno de los puntos más altos de la ciudad de Moscú, dedicar su vida a la lucha por la felicidad del pueblo.

4 El tratado de paz de Trianón se firmó el 4 de junio de 1920 en el Gran Palacio de Trianón en Versalles, estableciendo el nuevo mapa de Europa.